



Garganta de Vizzavona, cruzada por el ferrocarril de vía estrecha que, pasando por Corte, conduce de Ajaccio á Bastia, atravesando la isla de SO. á NE.

## CAPÍTULO VIII

### EL COMANDANTE DE LA MILICIA NACIONAL

Vivamente ansiaba Napoleón restituirse á Córcega, llamado por las siempre en él vivas atenciones de la familia. Además, acababa de saber que, por decreto de 12 de Agosto de 1791, se ordenaba la organización de cuatro batallones de milicianos en el departamento de Córcega. No se puede asegurar si al enterarse Napoleón de esta noticia le asaltó la idea de intervenir activamente en los asuntos de la isla como comandante de la milicia nacional ó si tuvo este deseo luego de estar ya nuevamente en su patria; pero lo cierto es que no vaciló en solicitar seis meses de licencia, que el coronel de su regimiento, M. Campagnol, le negó en redondo, pretextando inminencias de guerra, aparte de haber obtenido anteriormente mayor número de licencias del que por ordenanza le correspondía. Sin embargo, el ardiente deseo que Napoleón tenía de volver á Córcega le decidió á dirigirse personalmente al barón du Oeil, inspector general de artillería, ex

director de la Escuela de Auxerre, quien siempre le había demostrado paternal afecto. No le engañaron sus presunciones. El barón du Oeil estaba entonces en su castillo de Pommier, y allá se fué Bonaparte con ocho días de permiso, logrando, tras favorable acogida, una licencia de tres meses con toda la paga. Mientras estuvo Napoleón en Pommier mereció que du Oeil gustase de platicar con él y que, al verle partir, dijese á sus intimos: «Es hombre de grandes recursos que irá en lenguas de las gentes.»

Por Septiembre ya estaba en Ajaccio con su hermano Luis, á quien se había llevado consigo; pero como iban á efectuarse elecciones legislativas en Corte, allá se encaminó Napoleón, aunque vióse precisado á regresar inmediatamente porque el tío Luciano, jefe de la familia, cayó enfermo de muerte. Napoleón le asistió. Dicese que el moribundo, no obstante su carácter sacerdotal, rehusó los auxilios religiosos que le ofrecía el abate Fesch y ocupó sus últimos momentos en aconsejar á la familia que, en toda circunstancia, tomara y siguiera el parecer de Napoleón, por más que no fuese el primogénito. El tío Luciano, poco antes de morir, le dijo á Leticia: — «José está metido en política, y si interviene en los asuntos del país, también podrá dirigir los de la familia, pero que tome consejo de Napoleón, que llegará á ser un grande hombre.»

Además de estos consejos, dejó el tío Luciano una modesta fortuna, amasada con el ahorro diario. Napoleón y José se pusieron de acuerdo sobre el empleo que le darían, y determinaron emplear parte en la compra de fincas, para acrecentar el patrimonio de la familia, presumiendo razonablemente cumplir de este modo la voluntad implícita del difunto.

Pronto iban á preocupar otros asuntos á los dos hermanos. José anhelaba más que nunca representar á Córcega en la Convención, cuyos diputados iban á elegirse en todos los departamentos. Napoleón había dicho á sus amigos de Valence que su hermano tenía la legítima ambición de ser diputado. Ambos seguían en las filas paolistas y contaban con el apoyo del gran patricio, que era de absoluta necesidad por su abrumador prestigio en toda la isla. Las elecciones debían efectuarse del 13 al 30 de Septiembre, siendo de 6 el número de diputados y 346 el de compromisarios, que habían de reunirse en Corte.



La misma asamblea iba á renovar la mitad del Consejo departamental, elegir dos jurados para la Audiencia de Orleáns y fijar definitivamente la capitalidad de la isla y la sede episcopal. Paoli fué nombrado presidente de la asamblea y resultaron elegidos los candidatos que él apoyaba. Bartolomé Arena, el mismo que el 10 de Brumario había de atacar contra la vida de Bonaparte, deseaba sacudir la influencia de Paoli, pero se sometió á ella para no perder la elección, y aun así quedó en el quinto lugar. Los otros diputados fueron Leonetti, sobrino de Paoli; Pedro de Tozzanò, Pozzo di Borgo, Boerio, presidente del distrito de Corte, y Mario Peraldi. Se fijó la capitalidad en Corte y la sede episcopal en Ajaccio. José Bonaparte quedaba derrotado, pero en compensación eligió la asamblea compromisario del distrito de Ajaccio y miembro del Directorio del departamento, con otros siete conspicuos de la isla. Con esto se satisfizo José, aunque quedaba obligado á residir desde entonces en Corte.

Napoleón fué á visitarle, y tuvo coyuntura de trabar amistad con Volney, el célebre autor de *Las ruinas de Palmira*, que se había vecindado en Corte con intento de dedicarse á la agricultura. Napoleón gustaba de conversar con aquel espíritu superior acerca de la tiranía y del poder absoluto, sin hallar palabras bastante duras para condenarlos. Napoleón evitaba respetuosamente las discusiones, elogiando al filósofo, y éste, por su parte, echó de ver el no común talento de su interlocutor. Estaba muy lejos de figurarse que aquel enemigo del poder absoluto iba á ser, dentro de algunos años, el monarca más poderoso y más absoluto del mundo.

Napoleón puso de nuevo la mira de su porvenir en los batallones de la milicia nacional, cuyos empleos eran elegibles, excepto el de ayudante mayor, al que nombraba el conde de Biron, gobernador militar de la isla, y por delegación suya el jefe de Estado Mayor, mariscal Rossi. Como éste era pariente lejano de los Bonapartes, creyó Napoleón que por su influencia lograría el nombramiento de ayudante mayor del batallón de Ajaccio, con lo que podría residir en Córcega. Por de pronto, no llevaba otro objeto que el de estar á la mira de los sucesos, pues si conseguía ser ayudante mayor del batallón de milicianos, ya no le era preciso pedir prórroga de licencia. Mas no tardó en llegar un decreto del ministro anulando los nombramientos de los

oficiales del ejército para el empleo de ayudantes en los batallones de milicianos, y, por lo tanto, no le quedaba á Napoleón otro recurso para residir en Córcega que procurar su elección al empleo de comandante de la milicia de Ajaccio, que no estaba comprendido en el decreto ministerial. Napoleón lo deseaba más vivamente cuanto que, aparte de la ventaja de residir en Córcega, hubiera podido acrecentar su influencia y ejercer en la isla el papel que ambicionaba, sin dejarlo translucir ni en discursos ni en escritos.

Napoleón midió las circunstancias, viendo que se le oponían cinco aspirantes: Cuneo, muy popular en Ajaccio; Luis de Ornano, natural de Santa María; Hugo Peretti, de Levie; Mateo Pozzo di Borgo y Juan Quenza. Los candidatos más temibles eran Peretti, por haber sido capitán del regimiento de Buttafoco; Pozzo di Borgo, apoyado por Peraldi, y Juan Quenza, que además de su personal influencia en su distrito, contaba con la amistad de Paoli. Pronto eligió Napoleón una norma de conducta, y al efecto se puso de acuerdo con Quenza para que los partidarios de éste, por ser del Sur de la isla, apoyasen la candidatura de Bonaparte, á cambio de que los suyos, que eran todos naturales del Norte, apoyasen la candidatura de Quenza. Sin embargo, Napoleón supo hacerse cargo de las circunstancias y limitó sus aspiraciones al empleo de segundo comandante, puesto que parecía indudable la elección de Quenza para primer jefe. Las circunstancias favorecieron al joven oficial. Hugo Peretti, candidato temible, era cuñado de Quenza, quien le agenció el nombramiento de capitán de la gendarmería del departamento. Desde entonces se presentó menos complicada la lucha, aunque muy ardiente, pues se oponía Pozzo di Borgo, futuro diplomático y embajador ruso, cuya inteligencia, prestigio y audacia le daban gran fuerza, aumentada por el partido de Peraldi.

Comenzada la contienda electoral, no se le ocultaron á Napoleón las grandísimas consecuencias que para él había de tener su resultado, pues la voz interior le anunciaba uno de esos cambios radicales que determinan el porvenir de toda una vida. Así permanecía en su casa sombrío y taciturno, como sumido en profundas reflexiones; pero en público se presentaba muy otro, conversando con todos, discutiendo los sucesos y defendiéndose de los ataques que le dirigían los Peraldi. Contaba por entonces veintitrés años, pero sólo aparentaba tener